

CAYETANO BETANCUR Y LA TRADICIÓN DEL ENSAYO IDENTITARIO

CAYETANO BETANCUR AND THE TRADITION
OF THE IDENTITY ESSAY

EFRÉN GIRALDO

Universidad EAFIT

Carrera 49 N°7 Sur – 50, oficina 38-512

Medellín, Colombia

egiral25@eafit.edu.co

RESUMEN

La obra de Cayetano Betancur (Copacabana, Antioquia, 1910 - Bogotá, 1982) ha sido relacionada, exclusivamente, con el ejercicio filosófico. Las interpretaciones lo han vinculado con su papel como precursor de los estudios filosóficos profesionales en Colombia y como pensador político y jurídico. Su faceta de ensayista literario no ha sido del todo considerada por la incipiente crítica del ensayo literario colombiano. Se propone realizar una lectura del ensayo “Sociología de las virtudes y los vicios”, texto que convendría ubicar en la categoría de “ensayos de interpretación” del ser nacional y continental. Abordar este texto permite una consideración de la tradición ensayística colombiana, ya urgente dentro de los estudios literarios, y a la vez estudiar la

representación de dos perfiles psicológicos caros a los escritores colombianos del siglo XX: el bogotano y el antioqueño.

Palabras claves: Ensayo literario, ensayo antioqueño del siglo XX, ensayo identitario, Cayetano Betancur, “Sociología de las virtudes y los vicios”.

ABSTRACT

The work of Cayetano Betancur (Copacabana, Antioquia, 1910 - Bogotá, 1982) has been related, exclusively, to philosophical exercise. Interpretations have been linked to the study of his role as a pioneer of professional and philosophical studies in Colombia, and as a political thinker and philosopher of law. His literary essayistic facet has not been considered at all by the incipient critique on Colombian essay. It is proposed to read “Sociología de las virtudes y los vicios” —“Sociology of the Virtues and Vices”—, a text that may be labeled “ensayos de interpretación” —“interpretation essays”— of national and continental character. Approaching the text, allows for a consideration of Colombian essayistic tradition. It is intended to study the representation of two important profiles in Colombian literature of the 20th century: the “bogotan” and the “antioqueño”.

Key words: Literary essay, Essay of the 20th Century, Cayetano Betancur, “Sociología de las virtudes y los vicios” (“Sociology of the Virtues and Vices”).

I. INTRODUCCIÓN

Este trabajo busca ubicar el texto “Sociología de las virtudes y los vicios” de Cayetano Betancur (1995) en el marco de una tradición crítica que ha creado el acápite “ensayo de interpretación” para referirse a una serie de escritos expositivos y argumentativos ocupados de la comprensión, descripción y representación de la nacionalidad o el ser americano. Para tal fin, 1) se hará una caracterización de esa familia de textos en Hispanoamérica de acuerdo con los postulados de Liliana Weinberg, 2) se propondrá una forma de leer ciertas obras ensayísticas colombianas del siglo XX a partir de este marco histórico y textual —incluida la de Betancur— y 3) se señalarán parentescos formales e ideológicos con el ensayo hispanoamericano y colombiano de interpretación. Además del interés en establecer tal relación, existe la inquietud de inscribir literariamente una obra que funda su construcción en estrategias que definen una forma de escritura poco estudiada por la crítica literaria colombiana. Al ser entendido Cayetano Betancur fundamentalmente como un filósofo del derecho o un precursor de los estudios profesionales de la filosofía en Colombia, la consideración literaria ha estado ausente de las reflexiones sobre su trabajo (o, por lo menos, sobre el texto que pretendemos discutir). Tal laguna es la que se pretende empezar a subsanar con esta aproximación.

2. EL ENSAYO LITERARIO HISPANOAMERICANO DE INTERPRETACIÓN

En la crítica e historia del ensayo hispanoamericano es ya recurrente asociar varios textos ensayísticos de los siglos XIX y XX con una preocupación hermenéutica, presente en la denominación “ensayo de interpretación” y con una inquietud identitaria advertida en desinencias que recalcan la dimensión cultural, histórica y geográfica de sus preocupaciones. En tal sentido, se ha hablado de ensayos de interpretación de la realidad de determinado país, de ensayos sobre el ser americano o, incluso, de ensayos sobre un tipo o, si se quiere, una psicología nacional. Todas estas variantes, que aparecen en varias obras del *corpus* ensayístico hispanoamericano, han encontrado respuesta en la crítica, la teoría y la historia de la literatura, dando cuenta de una subclase de textos que, sin duda, está ya bien identificada.

La inclinación del ensayo hispanoamericano por la formulación de preguntas que recaban en la condición americana ha sido permanente. Medardo Vitier, autor de una de las primeras reflexiones sobre el ensayo hispanoamericano, indica en su libro precursor, *Del ensayo americano*, que una de las indagaciones dominantes en la producción ensayística es la que podría definirse como “americanismo de filiación”(8-9). Un planteamiento que cabría entender en términos del establecimiento de una familia de preocupaciones temáticas signadas por el interés en problemas sociales y humanos del continente. Germán Arciniegas, por su parte, en uno de los textos canónicos de esta misma tradición, “Nuestra América es un ensayo”, señaló también cómo el ensayo puede verse en tanto un instrumento que favorece la exploración de la propia condición(1963). De hecho, además de ser uno de los representantes emblemáticos del ensayo de interpretación, el texto de Arciniegas es referente para la pregunta que se podría formular a este mismo tipo de escritos en el seno de la cultura.

La crítica y teórica Liliana Weinberg, quien ha estudiado las múltiples vinculaciones del problema identitario con la historia del ensayo hispanoamericano, ha realizado en años recientes un amplio balance de las características que se han atribuido a estos textos y ha planteado la necesidad de repensar el lugar que el ensayo de interpretación tiene en el contexto contemporáneo, el cual parece necesitado de los aportes que este tipo de escritura puede hacer a la sociología, la historia y la antropología profesionales. En su trabajo “Ensayo, cultura e identidad latinoamericana”, la autora mostró el periplo que esta tradición ha seguido hasta nuestros días, cuando el discurso especializado parece haber hecho innecesaria esta suerte de indagación libre, que siempre ocurre en el ensayo, y cuando, sobre todo, la inquietud por la identidad parece haber sido desplazada del horizonte de las humanidades, cada vez menos preocupadas por cuestiones esencialistas (171). Aunque debemos aclarar que al emplear la designación “ser nacional”, lo que queremos es no afiliarnos con una creencia ciega en la existencia de una entidad a la que podamos definir como “lo colombiano” o “lo antioqueño” o “lo latinoamericano”, sino más bien reconocer el mismo proceso de representación que se da en los ensayos. Si se quiere, se trata de mirar cómo se reifican las diversas caras del problema colombiano o regional y, en el peor de los casos, cómo se da el problema de síntesis o simplificación de rasgos, manifestaciones y procesos.

Resumimos brevemente algunas de estas tesis antes de entrar en la consideración del problema del ensayo literario colombiano y, más específicamente, en los vínculos del texto de Betancur con trabajos afines retórica e ideológicamente en la tradición latinoamericana y colombiana. Vale la pena recordar que, aunque revisión de esta clase de textos, el trabajo de Liliana Weinberg se postula a sí mismo como crítica razonada del mismo texto de Vitier: *Del ensayo americano*. A partir de la lectura de este libro, la autora actualiza lo que podrían ser características particulares de la subclase de textos con la que pretendemos vincular a Betancur. Las enumeramos, para tener a la vista características que podrían ser útiles a la hora de discutir el estatuto del texto del filósofo antioqueño en el contexto del ensayo colombiano de interpretación:

1. En primer lugar, la autora insiste en que la validez de los ensayos de interpretación es, sobre todo, hermenéutica. Se pone en escena, en ellos, un problema de interpretación y, más un, un asunto de interpretación de interpretaciones (151).
2. De igual manera, indica que el ensayo de interpretación es una forma representativa de la tradición cultural hispanoamericana (153), lo cual implicaría, de alguna manera, superar la idea del texto como reflejo social y vincularlo, más bien, con una serie de roles complejos en el ámbito de la escritura pública.
3. El carácter de este tipo de ensayo, tal como ha sido señalado antes, es paradójico: ante todo, es una forma típica, pero a la vez se caracteriza por ser excéntrica y marginal, por tener una posición descentrada respecto del campo académico (157, 174).
4. Además de la vinculación con problemas hermenéuticos, estos textos tienen una segunda característica “fuerte”: su interés en la singularidad cultural e histórica de Hispanoamérica. El ensayo de interpretación se ocupa, así, de la “fenomenalidad específica” del continente (170). Por lo mismo, a lo largo de su análisis, Weinberg usa una designación alternativa, útil para nuestros propósitos: “ensayo identitario”.
5. Para Weinberg, quien sigue al sociólogo francés Pierre Bourdieu y su teoría de los campos, ensayistas como Octavio Paz, Samuel Ramos, Domingo Faustino Sarmiento, Alfonso Reyes, Germán Arciniegas o Pedro Henríquez Ureña establecen “familias de cultura” y, sobre todo,

- “familias de pensamiento” (156). Por lo mismo, sus escritos vienen a simbolizar el papel social que tienen los intelectuales y, sobre todo, la “ciudad letrada” (172).
6. El ensayo identitario anticipa preocupaciones de las ciencias sociales, más allá de que haya abierto un quehacer distintivo en el ámbito extra-académico y sea una práctica descentrada con respecto al mundo universitario (157).
 7. Los ensayos identitarios interpretan la realidad física y social del continente o de los países de los que se ocupan (161) y generan vínculos entre ambos asuntos, estableciendo relaciones causales, analogías y vinculaciones simbólicas y figurativas.
 8. Los ensayos fungen como conciencia de los países que se disponen a interpretar. En tal sentido, se dan en ellos complejos procesos de simbolización y realización de las características del campo cultural en un momento determinado (164).
 9. Los ensayos de interpretación fortalecen la línea historizante y culturizante en la interpretación de los fenómenos (164-165). Y, añadamos aquí, han complementado la aproximación inmanentista a los fenómenos de la expresión artística, literaria y cultural.
 10. Particular interés le generan a la autora las vinculaciones artísticas del ensayo. Por ello, señala que los textos en mención se caracterizan por su plasticidad formal y por dar lugar a la interpretación en las tareas creativas (166).

Este punto resulta de particular interés para nuestro trabajo, con miras a insinuar una posible inscripción literaria de varios ensayos de interpretación del ser nacional producidos en Colombia a lo largo del siglo XX y, más específicamente, del texto “Sociología de las virtudes y los vicios”, donde hallamos un énfasis artístico en las condiciones mismas en que se expone, se analiza y se interpretan dos modos de ser regionales. Definir al ensayo como un tipo de escritura donde se pone en escena el arte de la interpretación en su más plena manifestación implica comprender la palabra “arte” en su sentido más específico, donde, como propone la misma Weinberg, se da un ordenamiento artístico de datos duros (174). Algo que nosotros podríamos entender en términos compositivos, y que, para el ensayo de Betancur, resulta visible en su manera de establecer matices analíticos

a través de oposiciones binarias que dictan la organización conceptual (y a la vez plástica) del texto.

Si bien el texto de Cayetano Betancur puede entenderse también en el contexto del análisis de la historia de las ideas y, más específicamente, en el ámbito de la reflexión sobre la sociología del intelectual, insistimos acá en la pertinencia de dar lugar al texto en un grupo distintivo de escritos a los que domina una forma específica de dicción. Aspecto reconocido por los estudiosos de la historia de las ideas y la tradición intelectual (Altamirano), pero que merece aproximaciones combinadas entre lecturas decididamente ideológicas y consideraciones discursivas y retóricas.

3. EL ENSAYO LITERARIO COLOMBIANO Y LA IMAGEN DEL SER NACIONAL

Más allá del precedente innegable que supone la obra de Juan García del Río, quien publicó unas *Meditaciones colombianas* con el claro interés de ensayar una comprensión de la joven república, es en el siglo XX, con varios autores, a veces ignorados, a veces desigualmente comprendidos por la crítica colombiana, donde se configura un tradición ensayística de lectura de la nacionalidad. Autores que, sin lugar a dudas, podrían vincularse con las preocupaciones del ensayo identitario son los siguientes: Germán Arciniegas, autor que en gran parte de su obra manifiesta permanentes preocupaciones americanistas y que en el texto ya mencionado formuló una de las poéticas decisivas del género; Luis López de Mesa, autor de la obra *De cómo se ha formado la nación colombiana* (1934); Armando Solano, autor del texto “Melancolía de la raza indígena”; Fernando González, autor de *Los negroides (Ensayo sobre la Gran Colombia)*, y Cayetano Betancur, autor de “Sociología de las virtudes y los vicios”. Esa lista hipotética se podría complementar con referencias al desarrollo que, a finales del siglo XX, tienen las claves ensayísticas de interpretación de la condición colombiana o americana en dos autores representativos que las revisitan: en primer lugar, Gabriel García Márquez, de quien se pueden considerar los textos “La soledad de América Latina”, su discurso de aceptación del Premio Nobel, y “Por un país al alcance de los niños”; y, en segundo lugar, William Ospina, de quien se trabaja sobre todo su texto *¿Dónde está la*

franja amarilla?, que complementa la repetida incursión de este autor en las ideas americanistas.

Además de plantear la existencia de las claves señaladas por Liliana Weinberg en Betancur y de subrayar sobre todo el estatuto estético del texto se evidencia cómo los textos colombianos establecen un diálogo más que evidente con las preocupaciones temáticas de los ensayos de interpretación en Hispanoamérica. Veamos algunos ejemplos: la cuestión de la raza, que antecede la consideración del problema cultural, aparece en los textos de López de Mesa, González y Solano con características distintivas, aunque en buena medida su tratamiento del mestizaje es parecido al que señala José Vasconcelos en “La raza cósmica. Misión de la raza americana”. Del mismo modo, la visión de la naturaleza bajo lo definido por Irleamar Chiampi como ideologema de “América como maravilla” (124-29) se manifiesta de manera contundente en García Márquez y Ospina, aspecto en el que coincide, no solo con recreaciones imaginarias del pasado prehispánico que definen, por ejemplo, “Visión de Anáhuac. 1519” de Alfonso Reyes o “De lo real maravilloso americano” de Alejo Carpentier, sino con toda aquella visión maravillada y eufórica de la naturaleza que se remonta hasta los cronistas de Indias, antecedente remoto del ensayo de interpretación. De igual manera, el intento de definir una especie de personalidad, que encuentra manifestación en obras como la de Samuel Ramos, *El perfil del hombre en México*, y Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, se manifiesta en una obra como la de Fernando González, *Los negroides (Ensayo sobre la Gran Colombia)*, de manera patente. Tradiciones todas estas en las que se ve reflejado un trabajo que, como el de Betancur, define una tipicidad cultural, retrata un perfil psicológico y postula una imagen comprensiva.

Dos aclaraciones finales antes de abordar la obra de Betancur: una tocante a la orientación de los textos ensayísticos, y otra relativa a la inscripción literaria de los ensayos de interpretación y su posible vecindad con la escritura tratadística, a veces también ocupada de los problemas nacionales y/o continentales.

Si bien los ensayos de interpretación del ser nacional tienen una veta ostensiblemente utópica, la cual hace visible su capacidad de especular con un mundo posible, con un futuro de bienestar para los países o grupos humanos a analizar, es evidente que en varios ensayos de interpretación la imagen negativa (o distópica) es también importante. Y también, en este

caso, las consonancias entre el ensayo colombiano del siglo XX y la tradición ensayística hispanoamericana son reveladoras. *Lima, la horrible* de Sebastián Salazar Bondy y *Radiografía de la pampa* de Ezequiel Martínez Estrada, con sus recreaciones pesimistas del lugar y sus perfiles negativos de gauchos y limeños, tienen equivalente en la diatriba de Fernando González en *Los negroides*, más allá de que el texto de González supere el utopismo de sus contemporáneos latinoamericanos y llegue casi al mesianismo.

La segunda aclaración tiene que ver, fundamentalmente, con la pertenencia de textos que, aunque discuten problemas de cultura e identidad nacional, regional o continental, no son considerados en términos estéticos y pertenecen más al terreno académico “centrado”, opuesto al descentramiento académico del ensayo de interpretación. El lugar de aquellos textos, por citar dos ejemplos contemporáneos, “La personalidad histórica de Colombia” (Jaramillo) y “La moralidad protestante de los antioqueños” (Fajardo), está en la discusión que tienen directamente con las ramas de conocimiento especializado al que pertenecen ambos textos (la historia intelectual el primero y la sociología el segundo) y con las estrategias retóricas, propias del tratado o el trabajo académico. Incluso, más allá de la afiliación profesional (el autor del primer texto, Jaime Jaramillo Uribe, es historiador y el segundo, Luis H. Fajardo, presentó su trabajo en un congreso de sociología en 1966), hay que tener en cuenta los rasgos propiamente tratadísticos y demostrativos de la escritura. De hecho, hay casos diferentes que extrapolan la relación entre trabajo creador y análisis académico. Así, por ejemplo, un poeta como Jorge Gaitán Durán escribió un libro sobre el desarrollo en Colombia, pero allí el análisis evade la relación directa con la imagen y el lenguaje literarios, pese a que en otros momentos de su trayectoria como escritor recurra al ensayo literario.

4. “SOCIOLOGÍA DE LAS VIRTUDES Y LOS VICIOS”

El conflicto entre autenticidad y simulación fue uno de los temas preferidos del ensayista, filósofo y profesor Cayetano Betancur, quien, sin tener en mente la delirante admiración de Fernando González por la pujanza antioqueña y sus logros mercantiles, dedicó a la relación entre Bogotá y Antioquia uno de los mejores ensayos que se han escrito sobre estas dos regiones,

tan singularmente antagónicas en las representaciones literarias. Y añadamos que es, quizás, uno de los mejores ensayos de la literatura colombiana, pasado por alto por antólogos, críticos e historiadores del ensayo en nuestro país. Por ejemplo, en ninguna de las antologías del ensayo colombiano aparece su escrito (Hernández; Ruiz y Cobo; Torres) y no se le menciona en compendios históricos o críticos que abordan el ensayo. “Sociología de las virtudes y los vicios” (publicado inicialmente en 1942 y recogido en libro en 1955), su texto de interpretación de los dos tipos regionales, es también un escrito que, desde las herramientas argumentativas ofrecidas por la filosofía y la sociología, pero con la mira siempre puesta en el intento genuinamente ensayístico de trazar la psicología de unas regiones y dar imágenes, contrasta modos de ser, de habitar y entender la vida. No estamos, en este caso, frente a una metáfora que sirva de hilo conductor, como pasa con “Melancolía de la raza indígena”, el ensayo de Armando Solano, sino ante una serie de oposiciones significativas que ayudan a hilvanar las descripciones y señalar los contrastes que, en cierta medida, para Betancur, dan la clave de buena parte de esas dos “almas”. La reducción de lo colombiano al contrapunteo entre Antioquia y Bogotá, podemos pensar, se da por razones de economía y por el deseo de ser fiel a lo que el ensayista experimentó en su vida profesional, pues, tal como han explicado sus estudiosos en diversos comentarios biográficos, Betancur emigró a la capital para ejercer su actividad profesional en la Universidad Nacional de Colombia (Mora).

El tono, si lo comparamos con el de la exaltada obra de Fernando González, es más sosegado y, si lo contrastamos con el de Solano, da la impresión de ser más imparcial, menos inclinado a la lírica exaltación de una efusión sentimental. De hecho, a diferencia de sus dos antecedentes, no suscribe nada ni propone ninguna medida: se trata sólo de un ejercicio, al parecer impávido, de análisis de tipos y costumbres, donde los contrastes surgen cuando se radicalizan poéticamente las oposiciones fundamentadas en hipótesis antropológicas y sociológicas que facilitan el procesamiento imaginativo de los conceptos. Como detalle adicional, vale la pena señalar que, al igual que Fernando González, Cayetano Betancur consideró bajo el lente del ensayo su propia antioqueñidad, y que de esta condición se deriva buena parte de la aspiración cultural y societal que permea su trabajo. Trasladado a Bogotá, donde vivió su carrera académica y docente en la cátedra filosófica y la administración académica, el suyo es un texto donde el aquí y

el allá se invierten de manera nostálgica, extrapolando lo próximo y lo distante, lo amado y lo padecido, entre dos aguas: la provincia nativa, donde se vieron las primeras luces, y la ciudad pretendidamente cosmopolita, que presenta al emigrante de la periferia una nueva comprensión del mundo y la realización vital. Dato para tener en cuenta es que uno de los fundadores del ejercicio profesional de la filosofía en Colombia pueda ser hoy visto más como un ensayista literario y no necesariamente, si atendemos al ensayo que comentamos, como un sociólogo o un pensador sistemático.

La misma aspiración a construir una especie de teoría social se indica en un título que a primera vista engaña, pues nada más distante de “Sociología de las virtudes y los vicios” que ser un texto donde se haga sociología a la manera en que hoy entendemos esta práctica académica. Dividido en quince secciones que, en su mayoría, postulan antinomias o categorías contrastadas, el texto es realmente un ejercicio de observación donde la filosofía o la sociología se usan más como forma reposada de considerar las cosas frente al análisis de sucesos cotidianos y conductas de la vida de las personas tratadas y conocidas por el ensayista, es decir, aquella misma tradición inaugurada por Montaigne de observar, anotar y meditar, y que trasciende el “hablar como jurisconsulto” característico del académico, pero que, pese a ello, es capaz de hacer generalizaciones que involucran a varios grupos humanos. En buena medida, sin que tal calificativo haga desmerecer al texto, estamos frente a un escrito que pone en liza una mitología sobre tipos y modos de ser traídos a cuento para explicar comportamientos y fenómenos colectivos, una especie de cuadro de costumbres intelectualizado y refinado, limpio de datos y anécdotas innecesarias.

Como dijo Adorno, el ensayo hace justicia a lo percedero (20). Y el ensayo de Betancur es realmente una especulación sobre modos de ser, donde felizmente son tan importantes la observación como los prejuicios o la misma formación filosófica del ensayista. Cayetano Betancur, al contrario de López de Mesa o González, no elige a los “hombres representativos” ni a los héroes, ni carga las tintas, ni mucho menos quiere escribir la historia socioeconómica de Antioquia y Bogotá; solo intenta retratar a tipos masculinos y femeninos que se expresan en el saludo, en la comida, en la decoración, en la moda o en el simple trato. Una lógica de observar-consignar, alejada de los excesos líricos y de las generalizaciones científicas, que se vuelve ensayo una vez se reordena todo el material a partir de las oposiciones semánticas

elegidas y se alinean en una sintaxis concebida artísticamente. Lo efímero porta la explicación de los más abstractos menesteres, y el ensayo los hace visibles, cumpliendo esa ley de hacer perdurar lo efímero, acertadamente señalada por el filósofo alemán.

Pese a que Fernando González habla de la corbata o de la manera peculiar que tienen los antioqueños de abrazarse (solo con un brazo), su interés está puesto en las grandes instituciones y en un programa para la patria. Mientras que en el ensayo de Cayetano Betancur la aspiración es puramente descriptiva y contemplativa frente a las cosas habituales, a las cuales expresa en un lenguaje analítico donde domina la estrategia de exponer, primero, las categorías que se oponen (lo que, supuestamente, define el “método”) y, luego, ejemplificarlas con procesos de la vida en ambos contextos y, aun, con casos de tipos específicos: el funcionario, el empresario, el artista. De ninguna manera, hay en Betancur la exaltación de un Solano o un González, o la pretensión explicativa y panorámica de un López de Mesa. El suyo es solamente una disquisición con sede en la esfera autónoma que crea la demanda explicativa en la imaginación del ensayista literario.

Ahora bien, las antinomias pueden estar solo dictadas por tonos lexicales o por eventos visibles para todo el mundo. Así, la oposición entre el temperamento del que “conquista” y el de quien “coloniza”, al inicio del texto (54-56), no solamente sirve para señalar matices de una misma actitud ante las comarcas de las que alguien se adueña, sino también para encontrar una explicación a las diferentes relaciones que el bogotano, dueño de la primera manera de apropiación, y el antioqueño, dueño de la segunda, tienen con la tierra y el entorno. Así, mientras el conquistador es alguien que vence y “les gana” a otros hombres, el colono simplemente se asienta y se convierte en un “animal doméstico”, en una especie de subordinado del espacio y las nuevas costumbres que se le presentan (58). A partir de esa dicotomía, Betancur intenta explicar el carácter familiar de la inmigración antioqueña y los distintos orígenes que tienen bogotanos y antioqueños, así como las relaciones que contraen, en un caso, con las actividades agrícolas y, en el otro, con las mineras. El concepto, como se ve, es aprovechado para describir y no para demostrar con datos algún dogma. Asimismo, le permite acceder a los diferentes legados que las civilizaciones aborígenes aportan en cada caso: uno casi inexistente en Antioquia y otro bastante marcado en el bogotano.

De igual manera, ocurre con otras categorías, las cuales, sin ser antinómicas, sí expresan matices de una misma propiedad psicológica, como ocurre cuando expone que el antioqueño está dominado por la voluntad y el bogotano por “la gana”, lo que permite concluir que “los vicios y las virtudes de los bogotanos son de carácter temperamental; mientras que en Antioquia brotan aquellos que sólo son debidos a una formación o desviación del carácter” (58). La distinción entre ambas nociones, delgadísima, proviene, nos dice el ensayista, del viajero Hermann Keyserling, autor de *Meditaciones sudamericanas* (57). Nuevamente, nociones ubicadas en las ciencias sociales pasan a un contexto humanista donde el ensayo practica su observación razonada y sensible, como ocurre en parte de la tradición latinoamericana en la que los saberes antropológico e histórico vehiculan la imaginación literaria.

Algo similar advertimos cuando se expone que mientras el bogotano está cerca del “alma bella”, para la cual hacer el bien es natural, el antioqueño está próximo al “carácter”, solo regido por el esfuerzo y la carrera personal, circunstancias disímiles que llevan a distintas actitudes (61). Mientras en Antioquia se subestima todo lo que no sea producto del esfuerzo y la disciplina o se sigue una moral cercana a la protestante, en Bogotá los actos de bondad son gratuitos y las costumbres están más cerca de la línea católica, siempre pagada de sí misma (61). Una tesis que, en lo tocante a Antioquia, sería poco después examinada por otra vía, la histórica y sociológica, por el mencionado Luis H. Fajardo. Los casos extremos sirven también, en cuanto a “Sociología de las virtudes y los vicios”, para señalar las diferentes formas de acometer el problema del pecado:

Por esto cuando el antioqueño va camino del mal, lo arrastra todo. Mientras vemos cada día a personas de esta ciudad capital asomadas prácticamente al abismo, pero manteniendo sobre él una actitud de equilibrio que dura mucho tiempo. Un antioqueño como Barba-Jacob se aburría en Bogotá porque no había gran capacidad para el pecado. Pero era que el pecado que pedía el poeta tenía caracteres catastróficos, de tempestad, que no son de ocurrencia en esta urbe, cuyas zonas delicuescentes son más que pecadoras, pecaminosas. (62)

De la misma manera, categorías como “religiosidad del temor” y “religiosidad del amor” (63-65), “mentalidad aldeana” y “mentalidad ciudadana”

(70-75), “objetividad” y “subjetividad” (66-69), “patriarcado” y “matriarcado” (76-78), cuyo origen en la teoría está confirmado por las referencias y citas del texto (Hegel, Nietzsche, Kant, Schleiermacher, Unamuno, Buytendick, Simmel, Spengler, Sombart, Scheler), se ponen al servicio de un análisis del que los matices no están ausentes, pues en ningún momento el examen es maniqueo o reduccionista. Ni, mucho menos, se emprende para demostrar la eficacia tecnocrática de alguna disciplina académica. En lugar de estar frente a una cuadrícula, el lector contempla un vigoroso fresco cultural, que convence de las artes de interpretación tal como las señalábamos líneas atrás, sin importar que el punto de partida esté en una dialéctica alimentada por conceptos de la sociología, la historia y la antropología de la época. Antes bien, lo que hace el texto es nutrir la consideración de actuaciones en la vida diaria de los antioqueños y los bogotanos con perfiles y muestras de actitud que se creerían exclusivos de las escuelas y los profesionales de esta disciplina, de manera similar a como ocurre con Paz y su retrato del pachuco, o con Sarmiento y su caracterización del gaucho. Por ello, Cayetano Betancur, en este y otros textos, logra comunicar, mediante el ensayo, un planteamiento que adquiere actualidad para el lector y lo hace preguntarse sobre diferentes tópicos que asaltan habitualmente en el trato con personas de distintas regiones del país. El ensayo, al contrario de lo que haría creer el rígido esquema binario postulado por la arquitectura textual, se convierte en adalid de los rangos intermedios y enemigo de cualquier generalización. E, incluso, pese a que aventura una especie de psicología regional, evade las pautas predecibles de la conceptualización psicológica. Como en los otros géneros literarios, los de imaginación, lo que domina en el ensayo es una poderosa estrategia de verosimilitud en la que se crea una firme ilusión referencial, por la cual conceptos y nociones propios de la inventiva del ensayista se nos figuran como mojones inevitables para la comprensión de antioqueños y bogotanos. Como se recordará, ilusionismos referenciales, con equivalentes en las grandes obras del ensayo hispanoamericano, han sido estudiados ya por semiólogos como Antonio Urrello y David William Foster.

Así, por ejemplo, conocimiento y goce aparecen como un par de actividades que indican dos primacías diferentes, al parecer necesarias para comprender las conductas de bogotanos y antioqueños: “Antioquia está poblada de gentes frugales. Bogotá es una ciudad epicúrea” (Betancur 79).

El análisis, en este caso, no solo se detiene en las distintas formas de la ética del trabajo en ambos territorios (lo que, de alguna manera, interesa a sociólogos e historiadores), sino que también considera aspectos aparentemente alejados del ámbito académico que convocarían estos conceptos, como las bebidas consumidas en ambas regiones o las piedras de construcción empleadas en Bogotá y Medellín. Aspectos a todas luces banales, que solo están cerca de la observación y la curiosidad estética, más próximas a la colección de imágenes que al acopio de conceptos. En el caso de las bebidas, se dice que “en Antioquia predominan los licores destilados que más que agrado al paladar, exaltan los nervios y excitan la sensibilidad. En Bogotá y sus contornos han bebido vinos y chicha, bebidas en fermento que, antes de producir su acción dionisíaca, han empezado por ser gratas al gusto, al olfato, a todos los sentidos” (80). Y, para las segundas, solicita atender también a una curiosa diferencia: “. . . compárese la piedra de construcciones que se emplea en Antioquia, ruda, áspera e indócil, con la fina materia que se talla en Bogotá” (80). El detalle saca al texto de su abstracción y lo convierte en una observación atenta que aporta la clave explicativa acerca de dos maneras de sentir y experimentar la vida, nociones problemáticas resueltas en metáforas visuales o gustativas. Recordemos que algo similar pasa con el ensayo del cubano Fernando Ortiz, donde tabaco y azúcar se convierten en dos símbolos que permiten ingresar con autoridad en las más complejas nociones de la economía y la sociología de Cuba y, a la vez, considerar los más sabrosos detalles de la cultura popular, activada así en toda su potencia a través de dos voces que dialogan.

Por lo mismo, una antinomia final, “fenomenología” y “espíritu constructivo” (Betancur 82-84), es en “Sociología de las virtudes y los vicios” algo con lo que el autor trata de explicar las distintas capacidades de los dos personajes de su texto para seguir instrucciones, ser funcionarios, recibir órdenes o acometer empresas. Las categorías, en este caso, logran explicar una casuística del trabajo y la empresa, la cual da lugar a nuevas oposiciones, curiosas y a veces hilarantes: mientras que el bogotano es “más obediente al plan que se le impone” (83), “en Antioquia todo el que se siente con alguna inteligencia capaz de crear algo, sacude la tiranía del patrón y busca cómo ejercer su función autónomamente” (84).

Pero no todo son oposiciones. También, por momentos, los pares de términos pueden servir para un análisis más escrupuloso, en el que las dos

categorías son los extremos polares de numerosas gradaciones y donde se manifiestan de distinta manera las personalidades del bogotano y el antioqueño. Ello ocurre con el erotismo y la amistad, o con el humor y el ingenio, que en cada caso añaden nuevos tonos al ya colorido fresco de emociones, valores, rutinas y actuaciones en contraste pintado por el ensayo. Por ejemplo, como muestra de esta última manera de realizar el análisis, la sección intitulada “El ritmo vital” (91) puede tomarse, de manera similar a muchas otras en el libro, como una especie de ensayo mínimo, al estilo de los textos breves, pero densos argumentativamente, de Francis Bacon. Así, el ritmo vital y sus eventuales manifestaciones en Antioquia y Bogotá activan una cartografía que es tan sorprendente en los aciertos interpretativos como en el minimalismo formal. La imagen, nuevamente, es usada con intención hermenéutica y figurativa, y no con afán apodíctico.

Observemos el siguiente pasaje, extractado del capítulo “Objetividad y subjetividad”:

Hay en Bogotá mucho de anamnesis como ingrediente constitutivo en las capas más altas de sus hombres cultos. Nunca se les encuentra virginales, en actitud de entender; ante todo quieren juzgar, quieren predicar lo que actualmente ven, algún atributo que les sea familiar. De otra manera no ven claro; y llegan hasta irritarse. Por esto en Bogotá el proceso de evolución de las ideas es lento y paulatino; hay que proceder por etapas. Lo que permite señalar un perfil del pensamiento bogotano, que si no es original, al menos ha sido incorporado hondamente.

En Antioquia, de otro lado, las cosas parecen ocurrir a la inversa. En el campo del conocimiento puramente teórico, las gentes de estudio están siempre abiertas a todo nuevo aliento, a toda corriente que aparezca, a todo movimiento innovador. Cuando el antioqueño quiere ver, conocer, y no simplemente actuar, se despoja de todas sus vestiduras, se torna humilde y primitivo. La conservadora Antioquia es, en esto, profundamente inestable. . . .

Pero no se lleve esto al terreno de la acción, porque entonces encontramos tal vez el cuadro opuesto; en Antioquia toda posición individual que se tiene ha sido conquistada; es siempre el resultado de una lucha, de un esfuerzo continuo. Pueblo tradicionalista lo es sin duda, pero en el sentido de que rechaza todo lo que pretenda demoler la religiosidad y organización familiar de tipo cristiano. Pero pueblo de pocas o ningunas posiciones hereditarias: cada

hombre que nace allí ha menester empezar la misma lucha que empezara su antepasado remoto o próximo. Por esto, en el terreno individual no es fácil hacer que un hombre ya formado pueda aventurar, quiera aprender de nuevo las vías que le puedan dar el éxito. En este sentido, las nuevas generaciones antioqueñas podrán decir hasta dónde han tenido que luchar con sus padres para que entiendan que hoy el comercio, la industria y los negocios en general, son muy diversos de lo que fueron hace cincuenta años. (67-68)

De hecho, el parentesco con el fundador inglés del ensayo, y con sus continuadores en los siglos XVIII y XIX, esto es, con autores de observaciones como Joseph Addison o Richard Steele, advertido en varias de las secciones del texto de Betancur, da cuenta de una influencia diferente a la de escritores más confesionales, en quienes la herencia procede de una escritura llena de vagancia y digresiones, heredada de Montaigne, y que podemos encontrar en otros ensayistas colombianos, como Hernando Téllez o Fernando González (Giraldo). En el caso de Cayetano Betancur, hay un principio de economía y orden, de simetría y rigurosa estructuración lógica, que solo condesciende a las revelaciones luminosas y fulminantes cuando las categorías y los conceptos son aplicados a los casos específicos y dan por resultado afirmaciones categóricas que se vuelven imágenes cuando aparecen los matices analíticos y se cruzan. En el caso del “ritmo vital”, se dice que el del antioqueño es “taquipsíquico” y el del bogotano “bradipsíquico” (91). Los neologismos sirven aquí para señalar un atributo desconocido. La prisa, en un caso, se tiene para lo bueno y para lo malo, razón por la que “en Medellín el hombre bueno no tiene tiempo de ser más que eso” (91) y en Bogotá “el que es malo como que le queda alguna hora para rezar, para ser piadoso, para cumplir con su deber” (91). La oposición llega a un punto culminante cuando el ensayista piensa en la bohemia artística y le impone a la comprensión de ese tipo social los dos referentes de análisis: “Por esto en Bogotá, la bohemia literaria logra alimentarse pecuniariamente en ciertos puestos públicos, en donde cumplen, mal que bien, su misión; en Medellín, el curso del bohemio se realiza en pocos días y al cabo de ellos, el escritor y el artista son verdaderas catástrofes sociales” (91).

Trazar, no solo un perfil regional, sino intentar dos en paralelo, es una tarea de por sí difícil, que se ve aquilatada cuando pensamos en la inventiva literaria que preside la organización de los conceptos y la fina

observación de ademanes, personas, objetos y situaciones. De hecho, estos perfiles en contraste dan al texto de Betancur una posición singular en el ensayo identitario, casi siempre preocupado de un solo objeto de interpretación y no necesariamente de la oposición de dos regiones. Con Solano y sus indios, el texto de Cayetano Betancur representa la mejor conversión de los presupuestos del ensayo literario de interpretación en una posibilidad de comprensión para las regiones, lo que siempre ha aparecido como uno de los retos para las ciencias sociales y la literatura en Colombia, que siempre han fracasado, no en un intento de totalización (por demás imposible), sino en cualquier tentativa de unir los fragmentos históricos y geográficos del país. El ensayo literario, en tal caso, es solo un aporte mediante el cual el ingenio y las imágenes contribuyen a la aprehensión de realidades para las cuales ni la historia ni la ciencia logran dar claves definitivas. De hecho, el mismo ensayista, consciente de que lo sistemático está ausente de su texto, afilia su pesquisa con las emociones, más que con la razón o con el tono doctoral de los profesionales de la interpretación universitaria. Sus palabras, por demás, pueden servir como explicación para lo que el ensayo sobre las regiones alcanza a proponer:

Lo anterior es hijo del afecto. No se observa sino lo que en alguna forma amamos, aunque sea muchas veces con amor contrariado.

Pero Colombia necesita que le digan estas verdades, y otras más claras que vendrán después, si la sensibilidad actual logra educarse en lo real, huyendo todos los días más de nuestra infinita gazmoñería.

Nadie se sienta retratado aquí: del amigo de todos los días logramos hacer siempre un nuevo mundo en donde la visión primera se embota para convertirse en algo que de una manera u otra es nuestro propio yo y nuestra misma persona. (97)

Una vez más, podemos ver que el ensayista y el ensayo se vuelven consubstanciales, como ocurre desde Montaigne, demostrando que el escritor es, finalmente, el mismo tema de su libro cuando se incorpora a la consideración de las cosas a través de la agudización de una perspectiva. Sin importar, incluso, que su interés dominante sea el espacio exterior, en el que, como antioqueño él mismo, es una figura más.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor. "El ensayo como forma." *Notas de literatura*. Barcelona: Ediciones Ariel, 1962. 11-36. Impreso.
- Altamirano, Carlos. *Intelectuales. Notas de investigación*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2006. Impreso.
- Arciniegas, Germán (1963). "Nuestra América es un ensayo." *Fuentes de la cultura latinoamericana*. Comp. Leopoldo Zea. Vol 2. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. 293-304. Impreso.
- Bacon, Francis. *The Essays: or Counsels, Civil and Moral*. Nueva York: A. L. Burt, 1883. Impreso.
- Betancur, Cayetano. *Sociología de la autenticidad y la simulación*. Bogotá: Biblioteca Colseguros de Autores Colombianos, 1995. Impreso.
- Carpentier, Alejo, "De lo real maravilloso americano." *Tientos y diferencias*. Buenos Aires: Calicanto Editorial, 1976. 83-99. Impreso.
- Chiampi, Irlemar. "El discurso ideológico sobre América." *El realismo maravilloso*. Caracas: Monte Ávila, 1986. 121-73. Impreso.
- Fajardo, Luis H. *La moralidad protestante de los antioqueños?: estructura social y personalidad*. Cali: Universidad del Valle, 1967. Impreso.
- Foster, David William. *Para una lectura semiótica del ensayo hispanoamericano; textos representativos*. Madrid: Porrúa Turanzas, 1983. Impreso.
- Gaitán Durán, Jorge. *La revolución invisible: apuntes sobre la crisis y el desarrollo en Colombia*. Bogotá: Tierra Firme, 1959. Impreso.
- García del Río, Juan. *Meditaciones colombianas*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1945. Impreso.
- García Márquez, Gabriel. "La soledad de América Latina." *Yo no vengo a decir un discurso*. México: Mondadori, 2010. 21-29. Impreso.
- . "Por un país al alcance de los niños." *Revista Cambio* 25 agosto de 2003. 40-44. Impreso.
- Giraldo, Efrén. "Apuntes para una estética del ensayo colombiano del siglo XX." *Revista Estudios de Literatura Colombiana* 25 (2009): 107-22. Impreso.
- González, Fernando. *Los negroides. Ensayo sobre la Gran Colombia*. Medellín: Atlántida, 1936. Impreso.

- Hernández de Alba, Guillermo, comp. *Ensayistas colombianos*. Buenos Aires: W. M. Jackson Inc. Editores, Colección Panamericana, 1946. Impreso.
- Jaramillo Uribe, Jaime. *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá: Colcultura, 1977. Impreso.
- López de Mesa, Luis. *De cómo se ha formado la nacionalidad colombiana*. Bogotá: Librería Colombiana, 1934. Impreso.
- Martínez Estrada, Ezequiel (1934). *Radiografía de la pampa*. México: Unesco, Colección Archivos, 1993. Impreso.
- Montaigne, Michel de. *Ensayos*. 3 vols. Barcelona: Ediciones Orbis, 1968. Impreso.
- Mora Betancur, Nicolás. "Rituales de interacción de una generación de filósofos del Derecho, Colombia 1909-1961." Tesis de pregrado. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Jurídicas, Carrera de Derecho de Bogotá, 2006. En línea. <<http://www.javeriana.edu.co/biblos/tesis/derecho/dere8/DEFINITIVA/TESIS06.pdf>>
- Ortiz, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Madrid: Ariel, 1973. Impreso.
- Ospina, William. *¿Dónde está la franja amarilla?* Bogotá: Norma, 1997. Impreso.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959. Impreso.
- Ramos, Samuel. *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Imprenta Mundial, 1934. Impreso.
- Reyes, Alfonso. "Visión de Anáhuac." *Visión de Anáhuac y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004. 9-38. Impreso.
- Ruiz, Jorge Eliécer y Juan Gustavo Cobo Borda, comp. *Ensayistas colombianos del siglo XX*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Biblioteca Básica Colombiana, 1976. Impreso.
- Salazar Bondy, Sebastián. *Lima la horrible* (1964). Concepción: Talcahuano, Universidad de Concepción, 2002. Impreso.
- Solano, Armando. *Melancolía de la raza indígena*. Bogotá: Ediciones Colombia, 1929. Impreso.
- Torres Duque, Óscar, comp. *El mausoleo iluminado. Antología del ensayo en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 1997. Impreso.
- Urrello, Antonio. *Verosimilitud y estrategia textual en el ensayo latinoamericano*. México: Premia, 1986. Impreso.

- Vasconcelos, José. *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viajes a la América del Sur*. Madrid: Agencia Mundial de Librería, 1925. Impreso.
- Vitier, Medardo. *Del ensayo americano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1945. Impreso.
- Weinberg, Liliana. “Ensayo, cultura e identidad latinoamericana.” *Latinoamérica, economía y política*. Ed. Leopoldo Zea y Mario Magallón. México: Instituto Panamericano de Geografía, Fondo de Cultura Económica, 1999. 151-78. Impreso.
- . “Ensayo y transculturación.” *Cuadernos americanos* 96 (2002): 31-47. Impreso.